

avoca con los embajadores de las respectivas naciones; les pide explicaciones acerca del estado de la religion en aquellos países; se pone de acuerdo con ellos sobre los medios de evitar los abusos; da cuenta á la suprema cabeza, y obrando con ella de mancomun, se lleva á efecto cuanto dicta la prudencia y reclama el interes de la cristiandad.

Empero la necesidad mas apremiante de la esposa de Jesucristo en aquella época desgraciada era la terminacion de la santa asamblea de Trento, que, comenzada bajo el pontificado de Paulo III, habia sufrido funestas interrupciones, que eran tanto mas de lamentar, cuanto que por todas partes iba tomando incremento el error y amenazaba esterilizar el ameno campo del divino labrador. ¿Quién no sabe los ardidés y esfuerzos del áspid tortuoso por introducir la desolacion en el lugar santo? ¿Quién ignora que á la sombra de los conflictos políticos y de las guerras que tenian volcanizada toda la Europa, de dia en dia iba ganando terreno el asqueroso cisma, al tiempo que la hermosa hija de Sion veia marchitarse su encantadora belleza? ¡Oh! ¡cómo latia el corazon de san Carlos á vista de estos males! ¡Con qué vehemencia deseaba ver el término de aquel concilio, único que podia reparar las brechas que en el corazon de la iglesia abrian diariamente el libertinaje y el error! ¡Con qué actividad se dedicó á trabajar por llevar á cabo la obra comenzada! Exhorta con fervor al sumo Pontífice á no levantar mano en tan importante negocio; dia y noche consagra sus tareas á esta gloriosa empresa, y no admite descanso hasta ver realizado su deseo.

¡Oh iglesia santa! Ya por fin has triunfado de tus enemigos. Engalánate con el ropaje de la alegría y lanza al olvido tu profundo dolor. En Trento se ha dado el último golpe á la serpiente ponzoñosa de la herejía; allí se han promulgado las leyes mas sábias de disciplina, y esta de hoy mas volverá á recobrar con creces las conquistas que la usurpára la relajacion. Recoge, pues, gozosa los opimos frutos de una obra en que tanta parte ha tenido el gran Carlos Borromeo, á quien el cielo tenia destinado para ser el restaurador de tu templo y de tu altar.

No se manifestó ménos celoso nuestro héroe en su arzobispado de Milan. El olvido de la antigua disciplina cundiera allí no ménos que en las demas iglesias del órbe católico. La avaricia, la venalidad, el concubinato, la ignorancia, el abandono to-

tal de los deberes era igual en el pueblo que en el sacerdocio. Este escandalizaba á aquel con sus perversos ejemplos, y uno y otro parecian rivalizar en maldad. ¡Dios santo! Tú permites á veces que los que debieran ser los conductores de tu grey se conviertan en lobos que la devoren desapiadadamente; pero tu sabiduría infinita sabe hacer que los lobos se transformen en corderos para que mejor brille tu poder y tu santidad. ¡Ah! tu iglesia de Milan gemia mucho tiempo hacia en una funesta viudez, porque de largo tiempo sus pastores se desentendian de la obligacion de residir en medio de su aprisco. ¿Cómo, pues, no se habia de descarriar la grey si les faltaba su conductor? Pero ya el cielo apiadado la ha concedido un pastor cortado á medida de tu corazon, y este será el que restituirá á tu seno las ovejas perdidas, y devolverá á tu esposa su hermosura antigua.

Con efecto, católicos, nada omitió san Carlos para conseguir este laudable objeto. Visitas pastorales, exhortaciones, sínodos, todo cuanto le inspira su ardiente celo, le parece poco para el fin descado. Aquí establece colegios: allí funda asilos de penitencia: ahora convoca concilios para confirmar los decretos del de Trento: luego instituye seminarios episcopales, cuyos sabios reglamentos han servido de norma á cuantos se han establecido en lo sucesivo, y cuyos resultados han sido tan preciosos para la iglesia, que, como dice un sabio escritor (1), cuando el emperador José II intentó destruir en sus estados la religion católica, no juzgó poder hallar un medio mas eficaz para conseguirlo, que abolir los seminarios sustituyendo en su lugar unas escuelas profanas, á las que justamente llamaban los católicos la nueva Babilonia.

No le costó poco á san Carlos la reforma del clero. Bien hallado este en sus desórdenes, comenzó desde luego á oponer la mas tenaz resistencia á los esfuerzos del virtuoso pastor. Todo era inútil para hacer doblar sus cervices bajo el yugo de una disciplina que miraban con horror y con desprecio. Entónces nuestro santo, revistiéndose de un carácter de justa severidad, levanta su voz enérgica, reprende, amenaza, castiga, y no descansa hasta doblegar aquellos empedernidos corazones y hacerles entrar en sus respectivos deberes. ¡Con cuánto gozo vió por fin el celoso arzobispo renovarse en su iglesia la antigua seve-

(1) Feller, *Dictionnaire biograph.*, art. Borromeo (Charles).

ridad de las leyes canónicas! ¡ Con qué satisfacción contempló á aquel clero, poco ántes sumido en el libertinaje, aplicado ahora á llenar las graves funciones del sagrado ministerio, y atento á repartir al pueblo fiel el pasto de la divina palabra y de los santos sacramentos! ¡ Cómo se anegaba su alma en gozo al ver los frutos preciosos de virtud que diariamente brotaban en aquel jardín cultivado por operarios celosos é infatigables!

¿ Mas pensais acaso que por eso se lanzase Cárlos en los brazos de la indolencia? No, católicos, no duerme ni dormita este custodio de la casa de Israel. A donde quiera que le llaman los intereses de la iglesia, allí está pronto á sacrificar hasta su propia existencia. Bien lo manifestó en el ardiente celo con que emprendió la reforma de los monasterios de su arzobispado. No pudo ver sin grave pena las brechas que la relajacion habia abierto en aquellos venerables asilos consagrados un dia al retiro y á la oracion, y convertidos á la sazón en albergues de dissipacion y de vicios. Hondamente conmovido de tamañas desgracias, se propone no levantar mano hasta haber restituido la observancia monástica á su estado primitivo. Su voz paternal penetra bien presto en los corazones de las vírgenes del Señor. Como palomas que fuera del nido no han experimentado sino los lazos del astuto cazador, vuelven gozosas á él tan luego como escuchan el arrullo del amante palomo, así aquellas almas que alucinadas por la falsa libertad del siglo habian seguido la voz de sus fementidos halagos y experimentado sus tristes consecuencias, no bien escucharon las paternales amonestaciones del santo prelado, cuando lamentándose de sus pasados extravíos volvieron á encerrarse entre la concavidad de aquella mística piedra, y colocando un muro eterno entre ellas y el mundo, renovaron sus promesas y vivieron gozosas en el silencioso retiro del santuario.

No fué igual el éxito de su empresa respecto de los religiosos. Á la voz de reforma, amotinanse tumultuosamente, murmuran, amenazan, acuden al Vaticano, sorprenden la credulidad de los príncipes, atribuyen á su prelado proyectos de destruccion y de desórden, y por último meditan su exterminio á todo trance. Uno de los conjurados se introduce en la capilla del palacio arzobispal; espera al santo prelado cuando venia á hacer oracion con sus domésticos; y no bien este se ha puesto de rodillas delante del altar, cuando dispara sobre él un arma

de fuego. Al ruido del tiro cesan los cánticos sagrados, los circunstancias quedan consternados, todos se levantan, mas el santo sin inmutarse, hace señal á todos para que vuelvan á arrodillarse, y concluye su oracion con igual tranquilidad que si nada hubiese acontecido. ¡ Oh humana perfidia! Tu creiste haber acabado de un golpe con aquel cuya integridad de costumbres era un fiscal severo de tus desórdenes, y cuyo celo no podias sufrir porque no se atemperaba á las exigencias de tu libertinaje; pero Dios que con su sombra le cubria, no permitió llevases á cabo tu infame designio. En efecto, señores, la bala disparada por el asesino no habia hecho mas que quemar lijeramente el roquete del santo prelado, y habia caído á sus piés sin causarle la menor lesion.

Y creeriais que por eso se amenguase el celo de san Cárlos? No, católicos, su corazon abrasado en la llama del amor divino, no se perturba con las contradicciones. Cuanto mas crecen los trabajos, mas se aumenta su fervor en restaurar la disciplina de la iglesia. Por ella se dedica á vigiliias continuadas; por ella multiplica las visitas de su diócesis; por ella no duda sostener los derechos del obispado contra las demasías del poder; por ella lanza los rayos de la iglesia contra los que á merced de la fuerza intentan enervar la jurisdiccion que tiene dimanada del mismo Dios; por ella, en fin, escribe cartas pastorales y de diversos géneros, que en número de treinta y un volúmenes conserva preciosamente la biblioteca del santo Sepulcro de Milan; publica instrucciones para los confesores, que hoy dia son miradas como un tesoro inestimable; da á luz las actas de su iglesia y un gran número de obras, tanto dogmáticas como morales, monumentos célebres de su celo y de su incansable solícitud por la gloria de Dios y el engrandecimiento de su divina esposa.

¿ Qué mas se necesita para concluir que san Cárlos Borromeo fué un gran sacerdote, que no solo se contentó con sostener con su vida en todo conforme á la disciplina eclesiástica, la grandeza y santidad sacerdotal, sino que trabajando por su observancia, fué el restaurador mas glorioso y el que consiguió en sus dias reparar las quiebras que habia sufrido en el transcurso de los siglos?

Lo eres, ¡ oh bienaventurado Cárlos! La iglesia de Jesucristo te es deudora de servicios que jamas podrá olvidar. Donde quiera

publicará, que como otro hijo de Onías, levantaste con una mano los muros de la casa del Señor y con la otra restauraste la gloria de su templo. Hadnos, pues, participantes de tus virtudes y del celo que te animó en obsequio de la canónica disciplina : para que siendo como tú, dignos ministros del santuario, merezcamos tambien iguales gracias, y lleguemos á poseer la bienaventuranza de que gozas en premio de tus trabajos en la celestial Jerusalem de la gloria.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SANTA CATALINA VÍRGEN Y MÁRTIR.

(DE FORTEA.)

O mulier!

¡ Oh mujer!

S. Mat., c. 15, v. 28.

Mujer : cuando yo empiezo mi discurso por esta sola palabra, ¿ qué pensais de mí, señores? ¿ Vendré á representar la naturaleza por el aspecto mas ambiguo? ¿ Intentaré hablar del ente mas indefinible que aparece sobre el globo? ¿ Me llevarán mis ideas al término de la descripcion, y os haré ver en este instante la poquedad, la miseria, lo peligroso, lo voluble, lo caduco de esta costilla del hombre? ¡ Ah! no os engañais. Estos son mis pensamientos. Aprended á conocerlas, y aprendereis á evitarlas. ¿ Qué es la mujer? Hablad, filósofos. Naufragio del varon, tempestad doméstica, obstáculo de la quietud, cautiverio de la vida, daño cotidiano, guerra voluntaria, batalla suntuosa, enemiga convidada, solicitud confidente, hiena peligrosa, mal necesario. Secundo lo dice (1), Aristóteles lo afirma, Herodoto lo concede, Ciceron lo escribe, Valerio Máximo lo enseña. ¿ Qué es la mujer? Decidlo vosotros, poetas. Son la misma fragilidad, vasos quebradizos á cualquiera movimiento, sueños de la sombra, juguete de la fortuna, balanza de la envidia, idea del tiempo, imágen de la calamidad. Así hablan un Focílides, un Plauto, un Menandro, y en especial un Eurípides (2).

(1) *Secund. Maxim. serm. 9.* (2) *Eurip. in Medea.*